

El aniversario

por Rudy

Confieso que en un primer momento me sentí sorprendido por la convocatoria de APdeBA a escribir sobre su 25° aniversario. Primero me imaginé un texto muy breve que sólo dijera “cumpleaños feliz”. Supuse que les gustaría por lo emotivo, pero les resultaría más corto que sesión de lacaniano. Apelé entonces a mis conocimientos clínicos, pero me di cuenta de que lo que de mí se esperaba era un artículo, y no una torta con 25 velitas (que era lo que mis conocimientos clínicos me indicaban que se debía hacer, tratándose de un cumpleaños). Apelé entonces a mis conocimientos sobre la neurosis, y decidí enviarles un texto más largo, que dijese “cumpleaños feliz, cumpleaños feliz, cumpleaños feliz” y así hasta completar las 6000 palabras, que, a ojo de buen obsesivo, daban unas 3000 “cumpleaños” y unas 3000 “feliz”. Me dije que era una exageración, mejor hacer un discurso más edípico, y entonces les escribiría “Feliz día de la madre”, pero temí ser malinterpretado, o bien interpretado; o bien, interpretado.

Dejé de lado entonces mi conocimiento, mi supuesto saber, que por otro lado de mucho no me había servido, y traté de apelar al sentido común. A decir verdad, tampoco me sirvió de mucho. Porque para el sentido común, un sillón es siempre un sillón, un florero es un florero, una mesa es una mesa, y así. Mientras que, todos lo sabemos, en psicoanálisis un florero puede ser un objeto fálico, fetichista, simbólico, un lapsus, cualquier cosa menos un recipiente en el que se coloquen flores. Y lo mismo los cumpleaños /aniversarios, que en psicoanálisis pueden ser cualquier cosa

menos un recipiente en el que se coloquen flores, ya que eso sería un florero, que tampoco sería eso, y así.

¿Qué hacer entonces? Ya que ni mi conocimiento previo, ni mi neurosis, ni el supuesto saber, ni el sentido común me aportaban la solución, decidí apelar a lo inconsciente, permitirme asociar libremente, aprovechando que no había ningún psicoanalista cerca para interpretarme, ni para preguntarme por qué estaba asociando fuera de sesión. Tampoco estaba mi mamá reclamando que me pusiera un saquito por si refresca, o quejándose de que nunca la llamo para preguntarle con qué está soñando.

Esto es lo que asocié:

El aniversario es un momento fundamental del psicoanálisis. De hecho, hay analistas que festejan el del nacimiento de Freud, el del día que hizo su primera asociación libre, el del día que cobró su primera consulta (no Freud, sino quien festeja), el del día que dio su primer alta, el del día que obtuvo su primer alta (que suele ser posterior al antedicho), el del día que retuvo esfínteres, el del día que retuvo a su primer paciente, y así podríamos seguir en forma terminable o interminable, como el psicoanálisis.

También las instituciones “psi” festejan sus aniversarios: el del día de su fundación, el del día de su primer congreso, el del día de su primer gran polémica, el del día de su primera escisión (que suele ser el mismo día del congreso y de la polémica), el del día en que fueron reconocidos por alguna institución internacional, el del día en que fueron confundidos con una prestigiosa institución internacional que usa su misma sigla, el del día de la inauguración de su sede, el del día en que su presidente quiso decir “histórico” y dijo “histérico” en el discurso inaugural de dicha sede, el del día en que algunos de los escindidos volvieron luego de haber jurado que jamás volverían a pisar la institución, y muchas otras fechas significativas.

Pero como era yo quien estaba asociando, y mi experiencia psicoanalítica pasa más por ser un paciente que por ser una institución (ni siquiera soñé alguna vez con que yo era una institución psi y “mis miembros” discutían entre sí), hablemos entonces de ellos, de ellos, de nosotros, los pacientes:

Los pacientes también suelen festejar sus aniversarios: el día que cortaron el cordón umbilical, el día que atravesaron el objeto

“a”; el día que elaboraron el Edipo, el cumpleaños de mamá, el aniversario del último día que se animaron a salir de casa solos (fóbicos), el cumpleaños de todas y cada una de sus personalidades (los esquizos), el día siguiente, el posterior y el que le sigue a su cumpleaños (los obses). Las histéricas festejan sus cumpleaños con una torta con una *graaaaan* vela, que no apagan nunca porque no pueden pedir, ya no tres, sino aunque más no fuera un deseo. Los depresivos no cantan el “happy” birthday; los paranoicos le convidan una buena porción de torta a ese señor que los persigue, y los psicópatas van al cumpleaños de otro y se afanan la mitad de los regalos: cada uno festeja a su manera.

Pero el cumpleaños en análisis es otra cosa. A decir verdad, el cumpleaños en sesión puede tener varias características a saber;

- a) el que cumple es el paciente
- b) el que cumple es el analista
- c) el que cumple es el análisis

Posibilidad “a”: ese día la sesión será muy especial ya que el analista le preparará al paciente una imago de chocolate, y le sugerirá que piense tres deseos, que luego procederá a analizar y a llegar a la conclusión de que en realidad esos no son los tres deseos del paciente. El paciente dirá entonces que extraña los cumpleaños de cuando él era chico y su mamá le preparaba tortas más ricas que las imagos, y él pensaba sus tres deseos sin que nadie se los interprete. El analista deberá entonces decirle que ya está grande para esas cosas, y luego le propondrá dejar por hoy, le tirará de la oreja, le dará un globo y punto.

La posibilidad “b” es muy diferente: el paciente probablemente no sepa que ese día su analista cumple años, y el analista no se lo dirá, pero la guirnalda que cuelga del retrato de Freud, el pulóver nuevo del analista, la nueva edición de las Obras Completas que todavía no han sido abiertas y están puestas acostadas en el estante, los sandwichitos y gaseosas servidos en una mesa al costado, y el cartelito de “feliz cumple” en la puerta del consultorio harán sospechar a cualquier neurótico que tenga algo más que narcisismo puro en su cabeza. Ese día hay que traerle lindos sueños, asociaciones adecuadas y bellos lapsus al analista, y si uno le paga los honorarios, el festejo será total.

Ahora bien ¿qué ocurre cuando se da la posibilidad “c”? Porque si tanto el analista como el paciente festejan sus respectivos cumpleaños, el del análisis es un verdadero aniversario. Es

el de su relación de pareja terapéutica, el del momento en que después de un tiempo de conocerse, decidieron, y aceptaron ante el retrato de Freud, que uno interpretará al otro en la salud y en la enfermedad, en la neurosis y en la psicosis, en el diván o en el sillón, hasta que el alta los separe. Ese día es muy especial. Ninguno de los dos debe olvidarlo. Cada uno se pondrá sus mejores síntomas y pasarán una velada sin interrupciones, plena de sueños, chistes y fantasías.

Uno se puede olvidar del cumpleaños del analista, pero jamás, jamás, del aniversario del análisis. Si así ocurriera el analista empezará a recelar que uno tiene transferencia con otro colega, que ya no le trae más los sueños y las asociaciones que traía antes, y llegado el caso lo amenazará con un “debí haberle hecho caso a mi supervisor cuando me dijo que no te tome en análisis”.

Con el paso de los años las relaciones se modifican. No es lo mismo cuando el análisis cumple un año (bodas de angustia) que cuando cumple 5 (bodas de Edipo) o, para el caso, 25 años sin interrupción, y tan neuróticos como en el primer día (bodas doradas, en homenaje al caso “Dora”). Si a los 25 años de tratamiento no hay indicios de alta, paciente y analista podrían emprender un viaje a Viena, o a París, o al inconsciente, de una buena vez. En ese viaje se podría reafirmar el vínculo transferencial que los une, o al menos visitar museos, teatros, music-halls...

Pero dejemos a los pacientes y volvamos al caso actual, que es el del 25º aniversario de Apdeba. Luego de haber ensayado todas las posibilidades y puntos de vista al respecto, creo que la idea original, acaso primaria, es la más adecuada. Por lo cual, retomamos el “texto breve”: ¡Feliz cumpleaños!